

estar bautizado. Administraba el bautismo el gran sacerdote, que para esta ceremonia se ponía un manto de plumas rojas, y además, como adorno, largas cintas de algodón de colores que llegaban hasta el suelo. En la cabeza llevaba una mitra guarnecida de plumas, y en la mano un hisopo para el agua bendita, artísticamente trabajado. Después que el neófito había hecho una especie de confesión tenía que sentarse para recibir la bendición y el bautismo, y en este último no sólo rociaban la cabeza, sino también el rostro, las manos y los pies; el agua bendita era perfumada con ciertas flores, y no faltaban tampoco los padrinos.



Un bautizo yucateca, según un antiguo manuscrito maya.

Por regla general estaban envueltos los mayas en las tinieblas de la superstición, que, como hemos dicho, se afanaban en mantener viva sus astutos sacerdotes. Los monjes cristianos que reemplazaron á éstos después de la conquista de Yucatán hicieron muy poco, ó nada, para sacar á este pueblo de semejante

oscurantismo; los gobernadores españoles, que consideraban á los indígenas como cosa propia repartiéndoselos entre sí, no hicieron nada para mantenerlos en el alto grado de cultura que habían alcanzado. Su política no tenía más objeto que derribar todas las instituciones de los indios, que apenas eran considerados como seres humanos, y destruir todos los usos y costumbres que les recordasen á sus antepasados y la independencia de otros tiempos.

Bajo esta opresión desaparecieron rápidamente las conquistas mayas en artes, escritura y otras muchas cosas, tanto que los humillados y oprimidos seres de esta raza en nuestros días contribuyen muy poco á que veamos en ellos á los descendientes de aquel altivo y generoso pueblo que vertía con gusto su sangre para conservar su herencia y libertad contra los ambiciosos ataques de los invasores extranjeros (1).

(1) *Relación de las cosas del Yucatán*, por Diego de Landa, pág. 144; *Contributions to North American Ethnology*, de Powell, vol. V, pág. 229.]



Paisaje de río en La Florida
(Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

EMPRESAS DE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA FLORIDA Y DESCUBRIMIENTO DEL MISSISSIPPI

Si los esfuerzos de los españoles para someter á Yucatán habían alcanzado escasa fortuna, los que hicieron encaminados á conquistar la península de La Florida, que cierra por el Nordeste el golfo mexicano, habían de ser aún más desdichados. Casi todos los

que guiados por su afán de conquistas visitaron las playas de este país fueron tan mal recibidos por los guerreros indígenas, que se consideraban felices cuando escapaban con vida.

Uno de los pocos que fueron algo favorecidos fué el timonel Diego Miruelo, que en el año de 1516 salió de Cuba para hacer un viaje comercial, llegando á la ventura á las partes septentrionales del golfo mexicano, y entrando, por último, en una gran bahía que llevó por espacio de mucho tiempo su nombre, y que probablemente es en la actualidad la bahía de Pensacola. Allí estableció tráfico con los indígenas, que salieron con gran amabilidad á su encuentro, cambiando con tan gran ventaja su provisión de cuentas de vidrio y otras bujerías por objetos de oro y de plata, que volvió muy satisfecho á Cuba, no haciendo tentativa alguna para explorar más la costa. Al año siguiente fué arrojado Hernández de Córdoba, á su regreso de Yucatán á Cuba (véase la página 50 de este tomo), á la costa de La Florida, y al intentar el desembarque con su gente tuvo que hacer frente al empuje guerrero de los indígenas, pudiendo librarse después de sufrir grandes pérdidas.

Francisco de Garay, gobernador de la isla de Jamaica, conquistó grandes merecimientos con motivo de la extensa exploración de la costa de La Florida, pues en el año de 1519 envió una expedición al mando de Alonso Alvarez de Pineda, cuyo más importante cometido era buscar en las partes septentrionales del golfo de México un paso que condujese á las islas de la Especería, del Asia oriental. Pineda dirigióse primero á la costa de La Florida; pero fué tanta la gente que perdió en los diferentes encuentros con los indígenas, que no se atrevió á fundar ninguna colonia. Limitóse á reconocer la costa durante una navegación de ocho á nueve meses, pero sin lograr el hallazgo del buscado camino que era el sueño dorado de todos los descubridores y geógrafos de aquella época. En vez de esto encontraron la embocadura de un poderoso río, al que dieron el nombre de río del Espíritu Santo. Este, que es indudablemente idéntico al actual Mississippi, fué seguido en un largo trecho por Pineda hasta llegar á un gran pueblo indígena, donde permaneció cuarenta días para comerciar y reparar los barcos.

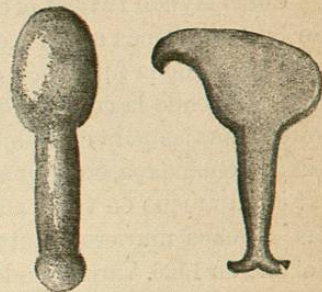
Estaban tan pobladas las orillas del río, que Pineda observó que en un espacio de seis leguas había cuarenta colonias indígenas.

Luego que fueron reparados los barcos siguieron la costa hasta la embocadura del río Panuco, correspondiente á la jurisdicción de Cortés.

Las aventuras y extrañas peripecias de esta expedición, que decíase haber tenido encuentros con gigantes y enanos y descubierto oro en algunos ríos, decidieron los ánimos á nuevas empresas, y el año de 1520 fué enviado de nuevo Pineda por Garay al Panuco, donde fué atacado,

muerto y devorado por los indígenas, lo mismo que la mayoría de su gente.

En el año de 1521 envió el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, desde Santo Domingo, un barco á las órdenes de Francisco Gordillo, con orden de pasar el grupo de las Bahamas y ver de hallar en las aguas septentrionales un terreno á propósito para la fundación de una colonia. Durante la travesía por las Bahamas tropezaron con una carabela aparejada por el licenciado Juan Ortiz de Matienzo y mandada por Pedro de Quexos, que cruzaba el grupo de dichas islas para ejercer la caza de esclavos en el país. Como hasta entonces habían resultado infructuosos sus esfuerzos, unióse á su paisano, llegando los dos barcos, á los ocho ó nueve días de navegación, á la costa de La Florida, y allí entraron en la embocadura de un río, al que dieron el nombre de río de San Juan Bautista. Este es conocido todavía al presente en las cartas geográficas con la denominación inglesa de Saint John's River. El 30 de junio de 1521 tomaron Gordillo y Quexos posesión del país en nombre del que les había dado el encargo, grabando cruces en los árboles de los alrededores para atestiguar aquel acto.



Armas de mano, de piedra, de Santa Cruz (Existentes en el Museo Etnográfico de Copenhague)

Los indígenas salieron amablemente al encuentro de los españoles, y se dejaron engañar por los cazadores de esclavos visitando las dos carabelas; pero pagaron bien cruelmente su candidez, pues repentinamente leváronse las anclas, y se hicieron los barcos á la vela. Unos 70 indígenas cayeron de este modo en poder de los traidores españoles.

Ayllón, en vista de los informes dados por Gordillo, determinó pedir al emperador Carlos V permiso para conquistar el país descubierto; y como le fuera concedido, aparejó en el año de 1525 dos carabelas á las órdenes de Pedro de Quexos, el cual exploró la costa occidental de La Florida hasta una distancia de 250 leguas, en cuyo trayecto hizo levantar de trecho en trecho cruces de piedra con el nombre del emperador Carlos V y la fecha de la toma de posesión.

Las tentativas de fundar una gran colonia fueron hechas el año siguiente por el mismo Ayllón en persona, que condujo á La Florida desde el puerto de La Plata, situado en La Española, á bordo de tres barcos, seiscientas personas de ambos sexos, entre ellas bastantes sacerdotes y médicos.

Erraron la embocadura del río de San Juan, entrando en otro situado

al Norte, al cual dieron el nombre de río Jordán. Con la entrada en éste comenzó la mala suerte de la expedición, yéndose á pique el mayor de los barcos, que iba cargado de provisiones. A esta desgracia agregóse la circunstancia de que se fugasen los intérpretes indios que llevaban consigo, dejando á los españoles en la playa sin saber qué partido tomar, pues la fertilidad del país no correspondía ni con mucho á sus esperanzas.

Como Ayllón tuviese el encargo, no sólo de conquistar La Florida, sino de buscar además un paso que uniese al Océano Atlántico con el Indico, desistieron de la fundación de la colonia á orillas del río Jordán, y buscaron, siguiendo la costa en dirección Norte, un terreno que reuniese mayores ventajas para este objeto. Ciertamente es que era más fértil el suelo del país de Guandapa, en el que fundaron la colonia de San Miguel; pero no tardaron mucho en verse atacados los colonizadores de fiebres perniciosas. Muchos murieron, entre ellos Ayllón, que falleció el 18 de octubre del año de 1526. Varias pendencias surgidas entre los colonizadores, como también los frecuentes encuentros de éstos con los indios, dieron al traste con la expedición, que quedó reducida á 150 personas, volviéndose los sobrevivientes á las Indias occidentales.

Este fracaso no acobardó á Pánfilo de Narváez, aquel que había sido vencido tan vergonzosamente por Cortés, que decidió probar también fortuna en La Florida.

Así como Ponce de León y Ayllón habíanse dirigido á la costa oriental, Narváez, por el contrario, decidió dirigirse á la occidental y someter este territorio hasta el río del Espíritu Santo. A causa de sus buenas relaciones con la Corte obtuvo fácilmente autorización para esto, así como también el título de adelantado y gobernador de La Florida y río de las Palmas y del Espíritu Santo. Muchos aventureros, soñando con cuantiosas riquezas, se alistaron bajo sus banderas, y de este modo pudo abandonar Narváez, con cinco barcos, el puerto de Sanlúcar de Barrameda. La desgracia que había perseguido á todas las demás persiguió también á esta expedición, que sólo después de grandes contratiempos y de sufrir la pérdida de uno de los barcos pudo arribar á la bahía de la Cruz (probablemente la actual bahía de Apalache). En ella desembarcó Narváez el 15 de abril del año de 1528 con 300 hombres, para emprender en seguida la marcha á lo largo de la costa y entrar en la ensenada interior; á la guarnición de la escuadrilla, compuesta de 100 tripulantes, diósele orden de seguir la costa á fin de que el ejército de tierra pudiera volver á embarcarse cuando lo juzgase conveniente. Poco se sabe acerca de la suerte que cupo á éste y de la ruta que emprendió; lo cierto es que á todos los que tomaron parte en la expedición estábanles reservados indecibles trabajos

y penalidades, y que no lograron ver realizadas sus esperanzas de oro y de riquezas. Empeñóse el regreso á la costa, llegando á ésta el 31 de julio. De la escuadrilla no se vió huella ni señal alguna, pues ésta, creyendo que Narváez se alejaría más hacia la costa occidental, habíase dirigido á los terrenos lindantes con el río del Espíritu Santo. Allí esperaron largo tiempo los barcos el regreso del ejército de tierra, hasta que al fin, cansados de esperar y suponiendo que habría perecido, volviéronse á Cuba.

Entretanto las tropas de Narváez, que habían quedado reducidas á 250 hombres, maltratados por las privaciones y las enfermedades, tomaron la resolución de construir algunos botes y navegar en ellos á lo largo de la costa en dirección á Oeste hasta llegar á las colonias españolas del Panuco, de las que creían hallar-

Rúbrica de Pánfilo de Narváez

se mucho más cerca de lo que estaban en realidad. Como carecían de herramientas, aprovecharon las espuelas, los estribos y los arreos de los caballos para hacer sierras, hachas y clavos. De las crines y colas de los caballos fabricaron cuerdas, y con sus propias camisas hicieron velas.

El 20 de septiembre quedaron terminadas cinco toscas barcas, en cada una de las cuales cabían cincuenta hombres, y en aquellas débiles embarcaciones emprendieron tan peligrosa travesía. Todo un mes navegaron á lo largo de la costa sufriendo toda clase de contratiempos y penalidades, viéndose obligados á sostener un combate con los indígenas hasta por un sorbo de agua y algunas provisiones, pues casi todos mostrábanse crueles é inhumanos. El 31 de octubre llegaron á la embocadura de un caudaloso río, que sería probablemente el del Espíritu Santo, del cual afluía tan gran cantidad de agua al mar, y con tal violencia, que las saladas olas de éste eran rechazadas á largo trecho. La corriente del río era tan impetuosa que no podían dominarla las frágiles embarcaciones de los españoles, y algunas de ellas volcaron, ahogándose sus tripulantes. El bote que conducía á Narváez fué arrastrado á alta mar y desapareció para siempre. Tan sólo unos cuantos españoles consiguieron llegar á tierra, donde algunos hallaron una muerte más espantosa aún á manos de los indígenas, ó sufrieron el más duro cautiverio por espacio de muchos años. Extraño é

interesante fué el destino de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, del cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

De la misma manera que habían sacrificado su vida Juan Ponce de León, Pineda, Ayllón y Narváez por la conquista de La Florida, así también tenía que perder la suya por la misma causa Hernando de Soto, natural de Barcaroto (Extremadura).

Este tenía ya una brillante carrera, pues no sólo había tomado parte en distintas campañas en Nicaragua, Castilla de Oro y otros países, sino que había desempeñado un brillante papel en la conquista del Perú. Las disidencias surgidas entre Pizarro y Almagro habíanle decidido á abandonar el país de los incas y volverse á España.

Por más que Soto hubiese acumulado grandes riquezas en el Perú, no se conformaba este guerrero, ávido de gloria y de proezas, á gozar tranquilamente el fruto de sus afanes. Decidióse, por lo tanto, á emprender una campaña de conquista contra La Florida, y apenas fué conocido su proyecto cuando se reunieron á su alrededor gran número de aventureros que, atraídos por la fama de sus brillantes hechos de armas, creían firmemente que todo aquel que militase á las órdenes de tan esforzado campeón haría suerte. De este modo vióse Soto á la cabeza de un ejército de cerca de mil hombres, al cual ejército condujo á Cuba, con objeto de completar allí todo lo necesario á la expedición, en abril del año de 1538. Más cauto en sus empresas que Narváez, envió primero con una carabela á La Florida al piloto Juan de Añasco para que reconociese la costa de aquel país y buscase un puerto seguro donde pudiese desembarcar el ejército.

Añasco regresó, siendo portador de buenas noticias, por lo cual Soto, dejando á su esposa en Cuba, se hizo á la vela desde la Habana en mayo del año de 1539. Componíase su ejército de mil hombres y doscientos cincuenta caballos, asegurando todos unánimemente que nunca hasta entonces se había visto en América un aparejo tan magnífico y grandioso.

La travesía á La Florida la hicieron con toda felicidad, anclando el 30 de mayo en una hermosa y espaciosa bahía, á la que dieron el nombre de bahía del Espíritu Santo, y que por lo que se deduce de antiguas cartas geográficas es idéntica á la actual bahía de Tampa.

Quiso una feliz casualidad que consiguiesen libertar á un joven español llamado Ortiz, que había ido allí con la expedición de Narváez, y que, hecho prisionero por los floridanos, había vivido diez años entre ellos, pudiendo por lo tanto servir de intérprete á Soto y sus compañeros.

La provincia en la cual se hallaban llevaba el mismo nombre del cacique que la habitaba, llamado Chirihigua, que era enemigo encarnizado de los blancos. Su odio hacia éstos se explica fácilmente por el hecho de

haberle cortado los soldados de Narváez la nariz y haber hecho que los perros destrozasen á su madre. Ni promesas ni amenazas consiguieron que abandonase este jefe su escondrijo, situado en los bosques vírgenes, y



Hernando de Soto

(De un grabado del siglo XVI, publicado en la *Historia general de los hechos de los castellanos* de Herrera)

que entablara relaciones con los españoles. En cambio, con ayuda de Ortiz, consiguieron obtener la amistad del cacique Mukoso, con el cual había estado aquél bastantes años.

Después de un largo descanso en Chirihigua, envió Soto á Cuba los mayores barcos que le habían conducido hasta allí á él y á su gente, de-

jando sólo en la bahía algunas embarcaciones, cuya custodia confió á 40 jinetes y 80 soldados de infantería. El, á la cabeza de su ejército, penetró en el interior del país, en dirección Norte, llegando primero al territorio de Mukoso, llamado así por su cacique, y después á Urribarrakuxi, Akuera y Okkaly, teniendo que rodear pantanos muy extensos y peligrosos en los que abundaban los aligátos y serpientes venenosas. En algunos sitios tenían que construir puentes para cruzar dichos pantanos, á la vez que sostener á la continua combates con los indígenas que trataban de impedir la marcha de las tropas, siendo muy difícil poderse apoderar de ellos por la dificultad que les ofrecían los espesos bosques vírgenes donde aquéllos se ocultaban.

Toda la costa occidental de la península la constituía un solo é inmenso bosque de pinos, en el cual había infinidad de pequeñas lagunas, estanques y pantanos, tropezando á veces los españoles con lugares sumamente peligrosos, tanto más cuanto que, á juzgar por las apariencias, eran firmes y seguros, pero que en realidad vacilaban y se hundían sólo con poner el pie sobre ellos; frecuentemente caían en éstos, así hombres como caballos, los cuales hubiesen perecido bajo el fango que ocultaba la engañosa superficie á no haberles prestado inmediato auxilio.

Sólo cuando llegaron al país de Okkaly, que se encuentra algo más elevado, y por lo tanto menos expuesto á inundaciones, encontraron dilatadas llanuras cubiertas de encinas, magnolias, nogales y sasafrás, además de grandes campos de maíz indiano. Aquel país estaba muy poblado, pues sólo en la ciudad de Okkaly, situada en las inmediaciones de un profundo río en cuyas orillas se veían grandes bancos de arena, contaron unas seiscientas chozas hechas de madera, á las que servían de techumbre anchas hojas de palma ó palmito. Como los indígenas huyeron al aproximarse los españoles, regaláronse éstos con los frutos, nueces y pasas que encontraron en sus viviendas.

Después de haber pasado el río penetraron en el país del cacique Ochile, sorprendiendo á un pueblo de cincuenta chozas, en cuyo centro se hallaba la del jefe, que tenía un salón para celebrar sus reuniones ó asambleas, de 40 metros de largo por 13 de ancho, consiguiendo sólo apoderarse de este cacique y de su hermano Vitachuko. Este último gobernaba el país colindante á Ochile, y poco faltó para que los españoles fuesen víctimas de una emboscada hábilmente urdida. So pretexto de dar á Soto una gran prueba de aprecio, tributándole grandes honores, y demostrarle al propio tiempo la destreza guerrera de los floridanos, había reunido Vitachuko algunos miles de guerreros, que durante los ejercicios, y á una señal convenida, debían arrojarse sobre los españoles y matarlos á todos. Por fortuna para éstos, fuéles denunciada la intentona y se apercibieron á contra-

rrestarla. Acercábase el día designado, y tanto los españoles como los indígenas tomaban sus disposiciones en una gran llanura que lindaba por un lado con un bosque y por el otro con dos grandes estanques.

Vitachuko había colocado á su gente formando una inmensa media luna, y sus guerreros ostentaban en su cuerpo brillantes pinturas que ofrecían un conjunto sumamente pintoresco.

Luego que los españoles, perfectamente armados, hubiéronse colocado enfrente de ellos, salió el cacique al encuentro del general para que fuese con él á pasar revista á sus tropas; pero éste mandó prenderle en seguida y empezar el ataque contra los sorprendidos indígenas. Por más que éstos opusieron viva resistencia, no pudieron luchar contra la táctica de guerra y armas de fuego de los europeos, mucho menos cuando se arrojaron sobre ellos doscientos jinetes, que les obligaron al poco tiempo á disolverse y emprender la fuga. Unos novecientos indígenas arrojáronse en uno de los estanques, que fué rodeado en seguida por los españoles; pero los sitiados no pensaban en rendirse, sino que seguían disparando sus flechas sobre ellos. Como el estanque era demasiado profundo para que pudieran hacer pie los floridanos, nadaban éstos constantemente tres ó cuatro reunidos en fila cerrada y llevando sobre sus espaldas á otros guerreros que amenazaban constantemente con sus flechas á los sitiadores.

El resto del día y toda la noche continuaron nadando aquellos valientes, obligándolos al fin el frío de la madrugada á rendirse en su mayor parte; los restantes permanecieron veinticuatro horas en el estanque y hubo que sacarlos de él á viva fuerza. Todos ellos, á causa del agua que habían tragado, tenían tan hinchado el vientre y estaban tan rendidos de fatiga que parecían más muertos que vivos, teniendo que estar tendidos sobre la arena de las orillas para reponerse un poco.

Los españoles se repartieron á los vencidos como esclavos, y algunos días después se convencieron de que no por la derrota sufrida había disminuído el odio de los floridanos contra los extranjeros. Por medio de mensajeros secretos consiguieron ponerse en comunicación unos con otros, acordando que un día, á una señal convenida dada por Vitachuko, caerían sobre sus opresores. La hora más á propósito para llevar á efecto su plan parecióles la del mediodía, que era cuando comían los españoles.

El día acordado, á dicha hora, Vitachuko, que estaba custodiado en la tienda de Soto, comenzó á mover y á retorcerse, estirando los brazos y agitándose con tal ímpetu que le crujían todas las articulaciones, costumbre observada siempre por los floridanos cuando querían reunir todas sus fuerzas. Admirados contemplaban los españoles los ademanes del cacique, cuando éste, de repente y dando un grito espantoso, arrojóse de un salto sobre Soto, dándole un tremendo puñetazo en el rostro y tratando después